

## *El Patronato*

El edificio ocupaba media manzana, las ventanas del piso bajo tenían rejas, una puerta era de roble, pintada de verde claro, la otra era de hierro, levemente electrizada. Un guardia se aburría allí, de pie, odiando a todo el mundo por el dolor de sus callos.

Cledy llegó de la mano de una vecina. Tenían aspecto inofensivo, así que el guardia no se movió. No se concedió, siquiera, la distracción de desentumecer el dedo sobre el gatillo. No valía la pena disparar, consideró con una inteligencia muy especulativa, ningún ascenso y sí aumento de trabajo. En una de éstas, tendría que ocuparse de levantarlas para introducirlas en una bolsa de plástico. Si algo odiaba era eso, pero su mala estrella se repetía: muerto que mataba, muerto que levantaba. Había censura y ni siquiera aparecería en televisión, así que desechó rápidamente la responsabilidad del estruendo y la mugre de la muerte, desprovista de sus gratificaciones: el poder y la gloria, y se limitó a cambiar el peso del cuerpo de un pie a otro. Para no tentarse, apartó el dedo del gatillo y lo agitó en el aire.

La vecina empujó la puerta de roble, que se retobó un poco, pesada como era no le gustaba moverse, y entró con Cledy, apretándole la mano con el deseo de transmitirle confianza.

La Sra. Davies las recibió en el hall. Cledy levantó los ojos hacia la Sra. Davies, que era robusta y muy alta.

La vecina le apartó los cabellos de la frente, buscó un lugar libre, no transpirado por el miedo, la besó como una madre y se marchó.

La Sra. Davies vestía como la hermana Kenny, un vestido hasta los tobillos, cofia de enfermera y una capa negra como si fuera Drácula. Pero la sonrisa era bondadosa, llegaba a través de dos labios muy rojos, rojo natural, de buena sangre, y una doble hilera de dientes mellados por el uso.

—Cledy, querida —le dijo, mirándola compasiva, y el tono de su voz trasuntaba tanta ternura que Cledy sintió los ojos inundados de lágrimas. Pero el llanto no desbordó, se quedó en los ojos como agua estancada.

La Sra. Davies sujetó la mano de Cledy y la guió hasta el comedor. —¿Desayunaste? —Sobre la mesa, había un juego de porcelana alemana, una jarra llena de chocolate, medialunas y scones. La Sra. Davies sirvió generosamente una taza. Se sentó enfrente de Cledy, apoyando un codo sobre la mesa, y con infinita paciencia, esperó que deglutiera los manjares.

A Cledy no le entraba nada. ¡Qué tremendo! La Sra. Davies le arrimó la taza, solícita, y Cledy meneó la cabeza. —¡Pobre niña! ¡Pobre niña! —repetía la Sra. Davies y, esta vez, la compasión ajena desbordó su llanto. Una compuerta interna se abrió, puesta en el corazón, en el cerebro, y las lágrimas manaron incontables.

—No llores, no llores —dijo la Sra. Davies, alcanzándole un pañuelo que recuperó en seguida porque estaba bordado. Lo observó un momento, lamentando su impulso, y se zampó el chocolate—. Lo tomo yo —aclaró, borrándose con la lengua un húmedo doble labio sobre la oscuridad del bozo— para que no se fastidien.

No era una excusa, se fastidiaban espantosamente si los internados a su cargo no comían. Debía rendir

cuentas de las lenguas pastosas, las faltas de apetito, las colitis. Cargaban en el platillo de su balanza (o merecimientos) toda anemia, toda muerte de inanición. —¿Qué es lo que te apena?

¿Pero cómo explicárselo? Las lágrimas hablaban con suficiente eficacia, pero la Sra. Davies, aunque entendía su lenguaje, comía y padecía un cortocircuito en su receptividad emotiva. Cledy se secó las lágrimas con el dorso de la mano y renunció a explicar los motivos profundos de su congoja. Había dos tumbas frescas en la tierra, sin ningún arbolito. Necesitaba tiempo.

La Sra. Davies era voraz, la jarra quedó vacía, los platos, se mojó un dedo con saliva y recogió las miguitas que luego se llevó a la boca con un gesto delicado.

—Comiste. Muy bien —aprobó con una amplia sonrisa. El buche le pesaba, repleto, pero valía la pena el sacrificio. Tocó los senos de Cledy, apenas formados. Demoró la mano y la besó en la mejilla, muy cerca de la boca.

Amontonó las tazas y platos sobre la mesa y la tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los de Cledy en una gran confusión.

Los dos señores fumaban cerca del escritorio. Se incorporaron cuando la Sra. Davies entró con Cledy y aplastaron los cigarrillos. El mayor era joven, aunque fuera el mayor. Guiñó un ojo amistosamente en dirección a Cledy, luego inclinó la cabeza y se lo sacó. Extendió la palma de la mano, riendo como un niño: —¿Qué broma, eh? —dijo—. Es de vidrio.

—Señor Thompson, compostura —dijo la Sra. Davies, muy seria.

—Lo hice para que entrara en confianza —explicó el Sr. Thompson, y volvió a colocarse el ojo, que era de un celeste un poco más subido que el otro—. Tengo

de todos los colores –y extrajo del bolsillo del saco una caja alargada, negra, como las de los compases, donde había encastrados, sobre depresiones circulares, un montón de ojos, todos de distinto color, pero no por pares. El Sr. Thompson no carecía de perspicacia: no era ciego, sólo tuerto.

–Cuando quiero divertirme, me pongo un ojo negro –y rió alegremente, y hasta Cledy sonrió–. ¡Ay, qué sonrisa! –dijo el Sr. Thompson, extático, agarrándose el estómago, y se volvió hacia el otro caballero que había permanecido en silencio.

–Bastante buena –dijo el otro, parcamente.

–Sra. Davies –dijo el Sr. Thompson– ¿le ha dado el chocolate?

–Sí, señor. Pero remilgó un poco.

–La desgracia ha sido muy tremenda –comentó el Sr. Thompson–. ¿Muy apenada?

–Sí –dijo la Sra. Davies– demasiado chica para ser grande, demasiado grande para ser chica. No comprende la dureza del destino, la fatalidad.

–¿No se habrá encariñado con la niña, supongo? –dijo el Sr. Thompson, con algo parecido al espanto.

–No, no, señor. –El Patronato se oponía a las relaciones personales, el mejor servicio, la mejor atención para los desvalidos, pero ni el mínimo contacto de piel o de alma. Ahí, el vacío absoluto. Si no, ¿cómo podrían luego deshacerse los nudos del amor? Distancia. En lo que a ella respetaba, ponía las manos en el fuego. Es lo que decía la Sra. Davies con aire levemente abochornado, aunque no se sintiera culpable de nada. Sus manos ardían hasta las uñas, pero el estoicismo era su norma.

–¡La desgracia ha sido tan tremenda! No es fácil mantenerse indiferente.

—¿Y qué desgracia? —dijo el Sr. Thompson, contradiciéndose sin turbación—. Pasan miles por día. No podemos sufrir todo en carne propia. Nos moriríamos de angustia.

—Concedido —dijo la Sra. Davies—. Ninguna afeción personal, es mi norma —y apartó los últimos restos carbonizados de carne de sus manos que quedaron muy bonitas, con las falanges marcadas en la desnudez del hueso, voluminosas, porque tenía un principio de artritis.

¿Qué desgracia? Los padres de Cledy cruzaban una calle, los dos en yunta, como caballos atados al mismo carro. La madre decía en ese momento: —¡Peste! ¡Estoy cansada de lavar platos! —y el padre le respondía con una grosería, cuando pasó un auto que no vieron ni los vio. Quedaron sobre la calle, en mucho mejor acuerdo que cuando vivían. La mujer mostraba impúdica la pollera levantada y los muslos machucados, y el padre no decía nada. Permaneció en silencio, sin ver, casi conforme, hasta que vino alguien, un agente de policía, y estiró las faldas de la señora hasta más abajo de las rodillas. Conformes los dos, en buen acuerdo. ¡Lástima haber esperado tanto para ponerse de acuerdo! Un acuerdo que no se mueve es siempre un poco estéril.

El Sr. Thompson le preguntó la edad a Cledy y Cledy respondió: —Quince años.

—Es linda —dijo el Sr. Thompson, mirándola intensamente, y Cledy se ruborizó—. ¿No lo sabías?

—¿Yo?

—Sí —dijo el Sr. Thompson—. Muy linda. Dame un besito.

El pedido desconcertó a Cledy. Se volvió hacia la Sra. Davies en busca de consejo.

—¿Quién es? —preguntó.

–El director del Patronato –contestó la Sra. Davies, e intentando tranquilizarla, agregó–: Como si fuera tu papá.

–¡Papá! –gritó Cledy con el alma lacerada, y largó el llanto. El Sr. Thompson se fastidió y reprochó a la Sra. Davies que resucitara esos recuerdos en el espíritu de Cledy.

–¡Inoportuna! –dijo con un aire que asustaba.

La Sra. Davies rectificó al instante: –Como si fuera tu sobrino. –Pero Cledy no tenía hermanos y eso no la consoló. Por suerte, carecía de capacidad para los cálculos, multiplicar copulaciones ya imposibles de sus padres, sumar embarazos, nacimientos. Su ignorancia salvó a la Sra. Davies de un conflicto mayor.

–Dame un besito –insistió el Sr. Thompson, acercándose.

–Salúdalo, Cledy –dijo la Sra. Davies, temblando aún por el traspie cometido, y entonces, Cledy alzó la cara y besó al Sr. Thompson en la mejilla. La mejilla del Sr. Thompson pinchaba y olía a un derrame de colonia.

El gesto molestó al Sr. Thompson que se apartó mortificado, mordiéndose los labios.

–¡Así no! –redondeó la boca como culo de gallina e hizo ruido de besos. También podía entenderse como la succión de un pantano. Enlazó a Cledy por la cintura y la besó desafortadamente. Cledy sentía que le arrancaban los labios. Una mano se le metía entre las piernas. Intentó dar puntapiés. Pero el Sr. Thompson era muy hábil, parecía un bailarín, saltando elegantemente y sin dejar de hurgar con la mano, llevó a Cledy de recorrida por el cuarto. Los dedos del Sr. Thompson eran torpes, pero muy ávidos.

El señor silencioso y la Sra. Davies miraron comprensivos al principio, con sonrisas cargadas de ternura,

luego carraspearon, incómodos. La Sra. Davies estiró el brazo y trató de apartar al Sr. Thompson.

–Domínese –dijo.

Pero el Sr. Thompson abrazaba a Cledy como una hiedra a un árbol. Resoplaba. La Sra. Davies elevó el brazo verticalmente hacia el techo y luego lo bajó con toda su fuerza, como un garrote entre los dos. En su camino, el garrote encontró la nariz de Cledy, de la que empezó a manar sangre, y arrancó todos los botones del saco del Sr. Thompson, pero el abrazo tenaz se deshizo.

–Así está bien –dijo la Sra. Davies, satisfecha.

Cledy no sabía qué pensar. El señor silencioso le alcanzó su pañuelo y Cledy se enjugó la sangre. Tiró la cabeza hacia atrás, con los ojos muy abiertos para vigilar al Sr. Thompson, y la hemorragia se detuvo en seguida. No obedeció las sugerencias del señor silencioso que insistía para que chupara el pañuelo y devolviera así la sangre derramada a su organismo, y se palpó los labios. No los vio, por suerte: habían pasado del rojo a un morado ciruela, pero advirtió que los bordes habían desaparecido, tumefactos.

–Tengo la boca machucada. ¡Mamá!

La Sra. Davies la contempló con benevolencia: –Está en el cielo, amor.

Cledy gritó entonces: –¡Papá!

–En el mismo lugar, nena.

El señor silencioso se encontraba extremadamente apesadumbrado por la escena que le tocaba presenciar, y se sentía herido también, aunque no quería reconocerlo, por el rechazo de su sugerencia sobre el equilibrio natural. Su criterio era: la sangre a la sangre, al César lo que es del César. Esta juventud, pensó, cree saberlo todo.

Propuso un poco de música para cambiar el ambiente, bastante tenso, bastante violento. Pero aunque

había un estuche de violín sobre la mesa y consecuentemente, el violín adentro, tanto el Sr. Thompson como la Sra. Davies juzgaron que el momento distaba de ser oportuno. Nada de lo que propongo cuaja, pensó el señor silencioso, que ya había sufrido bastante por ese motivo en su infancia a raíz de un defecto en la lengua.

–¿Qué haremos con ella? –preguntó el Sr. Thompson.

El señor silencioso golpeó con un lápiz sobre la mesa, rítmicamente. Le había fallado su propuesta sobre la música, pero no obstante sus fracasos, era persistente. Toc, toc, toc, hacía, y los otros se estaban poniendo nerviosos.

–¡Termínela! –dijo el Sr. Thompson groseramente.

–¿Qué sabés hacer, nena? –le preguntó a Cledy, acercándose libidinoso. Pero la Sra. Davies, que tenía un generoso corazón de mujer, interpuso sus oficios esta vez: antes de que el Sr. Thompson tocara a Cledy, la levantó en brazos y la sentó en sus rodillas. Depositó una mano sobre los senos de Cledy, colinas sin musgo, eran tan pequeños que por suerte una mano le alcanzaba para los dos. La acunaba como una madre, con un movimiento de vaivén, arriba abajo, de arriba abajo, la balanceaba, corazón mío, corazón mío, y le besaba el cuello.

–¿Qué sabés hacer, nena? –preguntó el Sr. Thompson, con aire reconcentrado, sombrío.

–Nada –dijo Cledy, tratando de apartar el cuello de la boca de la Sra. Davies. El rechazo produjo en la Sra. Davies un desgarramiento interior, mordió con fuerza, pero el cuello se separaba, movido por razones incomprensibles, y obviamente, sus labios no eran de elástico. Se oyó un ¡clac! muy nítido y la Sra. Davies se encontró con la boca vacía. Sobre la piel delicada apareció un moretón del tamaño de un plato de té, los bordes dentados, desparejos, en un todo de acuerdo a la abertura de los maxilares de la Sra. Davies.

–¡Salga! –dijo el Sr. Thompson, furioso al observar la sangre amoratada bajo la piel transparente. Pobre criatura, labios despellejados y ahora esto. Alzó a Cledy en brazos y la sentó sobre sus propias rodillas. No la besó, mantuvo su aire tan serio y grave, la importancia y preocupaciones de su cargo le habían hecho salir canas verdes, lo habían marcado con arrugas, no sólo en la cara sino en todo el cuerpo, tenía el pecho arrugado, los testículos, la sangre y el esqueleto arrugados. Metió la mano entre las piernas de Cledy que escapó con un salto imprevisto y se refugió de pie detrás de la mesa.

–¡Qué arisca! –comentó el Sr. Thompson tristemente.

El señor silencioso abrió el estuche y sacó un violín.  
–¿Por qué no trabajamos un poco?

Y en esta oportunidad, su propuesta no cayó en saco roto, aunque no fue bien recibida.

–¿Y qué estamos haciendo? –dijo el Sr. Thompson, y la Sra. Davies fue de su misma opinión. La incógnita sobre el porvenir de Cledy atenaceaba a todos. No tenía dónde caerse muerta. Los padres, con su brusca partida, habían sido bastante desconsiderados en este aspecto. No muere quien quiere sino quien puede. Y cuando no se toman los recaudos suficientes, el porvenir asegurado, mejor es dejar para un momento más propicio nuestros proyectos.

Esto pensaba el Sr. Thompson, sobre cuyas espaldas caían, en forma de bebés, niños, o adolescentes, los frutos de la irresponsabilidad de la gente. Arriesgó, para saber si Cledy poseía algún conocimiento de idiomas: –Good morning. ¿Good morning? –pero el rostro de Cledy no se iluminó. Como si le hubiera hablado a una piedra, juzgó el Sr. Thompson, despechado. Luego la piedra se rajó y mostró una expresión desvalida.

–¿Qué dice? –preguntó Cledy a la Sra. Davies, que se encogió de hombros desdeñosamente porque tampoco

había entendido nada, y lo que no entendía, opinaba que no valía la pena. Eran sus principios.

—¿Empezamos con los tests?—dijo el señor silencioso, que estaba dejando de serlo.

El Sr. Thompson bufó, pero asintió con la cabeza. La Sra. Davies apoyó ambos codos sobre la mesa y depositó el rostro en el hueco de las manos con el gesto de depositar una fuente sobre una mesa tendida. Sus ojos se llenaron de telarañas, muy receptivos. El señor silencioso apoyó el violín sobre un hombro y aconsejó a Cledy poner los oídos como repollos.

—Atenta —dijo—. Escucha.

Tocó una mazurca, alto y delgado como Paganini, moviendo mucho la cabeza, el tórax. El codo del brazo que empuñaba el arco desapareció en el aire, por la velocidad de la ejecución, en un momento el señor silencioso se volatilizó entero. Luego reapareció, desplomado sobre una silla, temblando de fatiga. Miraron a Cledy en suspenso. Cledy los miró a su vez, y esto duró un rato. Finalmente, el Sr. Thompson preguntó: —¿Qué tal? —y Cledy contestó—: Impresionante.

El señor silencioso dominó sus temblequeos y le tendió el violín: —Prueba.

Cledy no lo tomó: —No sé, señor. —¿Qué quería que probara?

La señora Davies recogió el violín: —No te amilanés, querida —dijo, hundiéndoselo en la clavícula—. Los señores son tus amigos.

El Sr. Thompson terció entonces, con una sonrisa compasiva: —No es muy fácil. ¡Pobre criatura!

Pero, imprevistamente, el comentario enfureció al señor silencioso. Lo miró con ojos relampagueantes de odio: —¡No es fácil, pero yo aprendí! —Y recordó sus deditos agarrotados sobre el arco, cómo le pegaban

cuando se rascaba los sabañones, le salía todo muy pizzicato. Y ahora, esta juventud creía que soplar era hacer botellas, no lo intentaba siquiera. El recuerdo hacia el niño que fue, los otros jugaban a la pelota, y él, prendido al violín, como a un aparato de tortura, lo conmovió. Su error había empezado a los dos años. –¡Qué lindo! –había dicho escuchando una sirena y fue su perdición. Consideraron que tenía buen oído para la música. Así, con leve esperanza, se dirigió a Cledy, más amable–: ¿Buen oído para la música?

–Sí, señor –dijo Cledy por decir algo, con la misma inconsciencia que había perdido al señor silencioso cuando tenía dos años.

–¡La mitad de la batalla está ganada, entonces! –se alegró el otro, olvidado por completo de la otra mitad– ¡Prueba!

Cledy sujetó el arco y, con firme maniobra, lo depositó sobre las cuerdas. Salieron chirridos inenarrables. La consternación fue general. El Sr. Thompson se tapó los oídos con las manos.

–¡La mato! –dijo el señor silencioso, fuera de sí.

La Sra. Davies, que también había sufrido cruelmente, pero que no se dejaba arrebatar por sus propios sufrimientos, se interpuso: –Sr. Thompson, imponga orden.

Pero el Sr. Thompson no escuchaba con los oídos tapados. Miraba a Cledy con tal intensidad que su cara parecía un telescopio. Le hubiera convenido más un aparato de rayos X, la veía aumentada pero no conseguía superar el engorro de las ropas y lo consumía la ansiedad.

El señor silencioso arrancó el violín de manos de Cledy: –¡Bestia! –le dijo.

El Sr. Thompson se destapó los oídos y se señaló la mejilla. –Vení, querida. Dame un besito.

Pero la Sra. Davies que, como muchos subordinados inteligentes, era la que mandaba más, se opuso. –Señor director –no ya Sr. Thompson sino señor director– sigamos con el test.

Con un gesto muy elegante, se desprendió la capa, que revoloteó un momento como un paracaídas abierto, y cayó luego a sus pies. Dio un saltito, sacudiéndose, con una expresión de coquetería reprimida. El señor silencioso volvió a empuñar el violín y tocó, moviéndose menos esta vez porque no era en su propio lucimiento.

–¡Esperen! ¡Esperen! –gritó el Sr. Thompson, como si perdiera el tren, y tratando de seguir la música, recitó: “Es la casa un palomar y...”, etc. Pero no conseguía marchar de acuerdo con la música que caminaba muy ligero. La Sra. Davies bailó y para no disgustar a nadie, un poco seguía el vals que tocaba el señor silencioso y otro poco la poesía que brotaba de labios del Sr. Thompson.

Cuando terminaron, se produjo un momento de silencio. De expectativa, mejor. La Sra. Davies preguntó desde el suelo, se había enredado en la larga pollera, y aprovechó el accidente para representar una muerte de cisne: –¿Te gustó?

–Sí –aprobó Cledy con una sonrisa.

–Es tu turno. No tengas vergüenza. Bailá.

–¿Yo?

Con un moño bajo el cogote, la Sra. Davies se anudó otra vez la capa, como un pajarraco que recupera sus alas, e incitó a Cledy a bailar. Nunca podían saberse las condiciones de las pupilas si no se probaba todo. La música, la danza, primero el arte, ya habría tiempo para buscarles una ocupación menor, sirvientas, obreras o putas.

La última palabra no le gustó nada al Sr. Thompson. —¿Dónde cree estar? —dijo a la Sra. Davies, tirándole un bofetón, pero ella se movió con agilidad y el bofetón tropezó con el violín del señor silencioso, que se estrelló contra el suelo y luego en la nariz de Cledy, que volvió a sangrar. En esta ocasión ninguno se asustó, ni se asombraron siquiera, ya estaban acostumbrados a la sangre. Como el violín estaba hecho añicos, tuvieron que renunciar a la música, pero el Sr. Thompson carraspeó y recitó bellamente:

—Ven a mis brazos, hijo querido  
el sol está alto  
y canta el molino.

Apretándose los agujeros de la nariz con una mano, Cledy bailó.

—¡Uuuuuy! ¡Uuuuuy! —gritaron todos, y el Sr. Thompson fue más explícito—: ¡Espantoso! —dijo, y Cledy se detuvo en seco, tan anonadada que se olvidó de sujetarse la nariz y la sangre corrió libre y contenta por el escote y apareció luego por las piernas, como si la hubieran desvirgado. Esto hizo encender otra vez la luz libidinosa en los ojos del Sr. Thompson, incluso en el de vidrio, que era un cómplice muy dócil. El señor silencioso escupía con desprecio.

—Un poco de compasión, señores —dijo la Sra. Davies, preocupada.

—¡Sí, sí! —dijo el señor silencioso—. Compasión nos sobra. ¡Pero es completamente torpe! ¿Qué haremos con ella?

Y le arrojó un epíteto que Cledy recogió en toda su implacable desnudez: —Infradotada.

El Sr. Thompson seguía el curso de sus propios pensamientos: —Dame un besito querida.

La Sra. Davies lo apartó: —Señor director, le ruego...

El Sr. Thompson le lanzó una mirada hosca, se sentó enfurruñado, volviéndole la espalda.

—¡Hagan lo que quieran! —protestó—. ¡Mandan ustedes! ¡Yo no me meto más! ¡Todos opinan!

La situación era tan comprometida para Cledy que la Sra. Davies no vaciló en mentir.

—La vecina me dijo que estudiaba corte y confección. ¿Probamos?

El Sr. Thompson no se dignó volverse, por el movimiento del codo, la Sra. Davies constató que su mano se movía alrededor de la ingle, pero el señor silencioso, ya muy excedido, asintió: —Que sea la última prueba. No aguanto más. —Miró a Cledy con un odio que lo desbordaba.

Esto fue demasiado para Cledy, comenzó a llorar. Sólo tenía quince años, ¿qué pretendían de ella? Dos tumbas frescas en la tierra, sin ningún arbolito, con una lápida rasposa, ¿qué pretendían? La Sra. Davies comprendió los sentimientos de Cledy, se acercó y la consoló con todos los artilugios de mujer que poseía, el corazón de una mujer es un pozo de ternura, ¿cuándo lo comprenderían los hombres?

El Sr. Thompson volvió a medias su silla y la miró oblicuamente. Con un extremo de su capa, la Sra. Davies secaba la sangre del escote de Cledy, quería bajarle las bombachas empapadas. Entonces, el Sr. Thompson se levantó y pegó un golpe feroz sobre la mesa. Tenía una fuerza tremenda, porque la mesa se rajó en dos, aunque se sostuvo aún sobre sus patas.

—¡No la toque tanto! —gritó—. ¿Para qué?

La Sra. Davies, que tenía un carácter fuerte, las jerarquías no la asustaban, replicó: —¡La consuelo! Está muy apenada. Mortificación tras mortificación. ¿Qué creen? Usted no ha sufrido nunca, parece. Cuando el alma está

en jirones, el cuerpo no se muestra hábil. Es elemental. Déjemela a mí.

—¡Haga lo que quiera! —contestó el Sr. Thompson, en una forma tan descomedida que la autorización oficiaba de insulto—. ¡Para lo que sirvo! —Y pensó que no servía para nada, había realizado una carrera esplendente en el Patronato, cuando entraba todos se sacaban el sombrero, genuflexiones de aquí y de allá, pero el derecho de pernada, no, no lo había conseguido. Las frustraciones íntimas son las que duelen más.

La Sra. Davies se marchó, dejando la puerta abierta sobre el pasillo desierto. Regresó al instante trayendo un maniquí en brazos, un corte de género floreado y unas grandes tijeras. Como muchos seres bondadosos, era la primera en creer en sus mentiras cuando de ellas dependía la salvación de sus semejantes. Proporcionó sus medidas:

—Cadera noventa y ocho, busto ciento catorce, cintura cincuenta.

El Sr. Thompson prorrumpió en una risotada: —¡Qué va a tener cincuenta de cintura!

La Sra. Davies se desprendió la capa: —¡Me desnudo! —dijo, ofreciendo una prueba tangible, pero el Sr. Thompson la despreció.

—¡Cruz diablo! —dijo.

Allí se produjo un cambio de palabras, muy áspero. —¡Insolente! —dijo la Sra. Davies y el Sr. Thompson retrucó—: ¡Está despedida!

Pero si creía asustarla, se equivocó. La Sra. Davies se encogió despectivamente de hombros, lanzó una risita desdeñosa y se acercó a Cledy, mirándola en los ojos: —¿Me hacés un vestido, ricura?

Ah, qué alivio fue para Cledy ese tono cariñoso, esa confianza. Asintió con todo su corazón: —Sí, sí, señora. Lo haré.